

Actores Como Embajadores

por *Sebastián Salazar Bondy*

Durante una semana, que a los aficionados al teatro, al buen teatro, nos ha parecido corta, ha permanecido en el escenario del Segura la compañía francesa encabezada por Madeleine Renaud y Jean Louis Barrault. Y contra todos los pronosticos pesimistas, la breve temporada no solo ha sido un "succes d'estime" sino tambien un éxito de taquilla. Ello prueba que nuestro publico no desdena las mejores oportunidades y que sabe apreciar la calidad por encima de los otros atributos de un espectáculo artistico. No se diga la falacia de que la vieja sala limeña fue comada en esta ocasion por espectadores franceses, porque contra ello se puede arguir que los franceses que viven en Lima forman parte de "nuestro publico", son tan consumidores de teatro como cualquier nacional. La verdad del caso es que, descontado el prestigio internacional de Barrault y los suyos, convoco a ese enorme publico la confianza que siempre despierta la obra creada con amor y, por ende, con perfeccion.

No hay que olvidar en esto al amor. El que haya espectado cualquiera de las piezas puestas por este conjunto habrá apreciado que, por sobre las facultades naturales de los interpretes y por sobre su técnica, e inclusive por sobre el valor del repertorio que trajeron, prevalecia en la labor el afecto de los artistas por su oficio, considerado hoy en los paises cultos como uno de los mas dignos de respeto y admiracion. Estos actores, como todos los buenos actores, son felices en su trabajo, tanto por la satisfaccion intima que les procura el dar pábulo a su vocacion cuanto porque saben que la mayoría los ha rodeado de la estimación que merecen quienes se dedican a enriquecer la cultura de un pueblo difundiendo las palabras de sus grandes poetas. Actor ha llegado a equivaler a maestro, en el sentido más henchido de significación de la palabra.

Cuando un artista francés habla, habla Francia. Le está concedido el honor de representar la parte más imponderable de la gloria de ese noble pais. Y así como el militar encarna determinadas tradiciones victoriosas y heroicas, el músico o el comediante son portadores de una heredad que pervive más allá de las contingencias accidentales. El artista subsiste, así, rodeado de dignidad. No es el paria en el cual el estrato "respetable" de la sociedad se recrea, pero que, en última instancia, procura mantener a distancia. El gran director de orquesta Jasha Horenstein le decía en una oportunidad al autor de esta nota que mal podía trabajar con acendramiento dentro de un conjunto sinfónico el instrumentista que para

hacer su salario decoroso se veía obligado a tocar en un salón de té. Lo decía concretamente sobre algún caso peruano. Eso es, sin duda, un impacto sobre la dignidad humana, y sin dignidad, que es respetabilidad —por más que haya "premios de fomento a la cultura"—, no hay arte.

Hay otro aspecto importante en la personalidad del artista europeo, que es factor decisivo sobre el valor de sus creaciones; su formación intelectual. Cualquiera de estos actores tiene una ilustración amplia y completa. Puede cada uno de ellos hablar en general de todos los problemas y, en particular, de los problemas de la cultura. El actor lee, se informa, está al día en los diversos ramos del saber que atañen directa o indirectamente a su oficio. Sabe de teatro, quién lo duda; pero sabe también de historia, de pintura, de filosofía, de música, y está atento a saber más y más. Resultaba admirable que Pierre Bertin, por ejemplo, que además de actor es un buen músico, tomara notas, en cada una de las visitas que hizo a lugares interesantes de nuestra ciudad, como si se tratara de un individuo especializado en los temas correspondientes. Lo único que no quería ser era "cabot", o sea, en la jerga española de la escena, "cómico" o "rasca", esa especie de rutinario repetidor de textos que en una nueva ciudad se dedica a comer, dormir e ir tras las faldas de alquiler. Es que ser actor, para él y para los otros, es llevar un poco del más alto espíritu propio y universal.

Claro que en el fondo de todo está la cuestión económica. Estos actores son remunerados justamente, primero porque el público los paga —ellos se han hecho merecedores de ese privilegio— y, después, porque no se concibe el trabajo artistico sino como una profesión tan honorable como la de médico, abogado o ingeniero, indispensable como cualquiera de éstas en la vida de una comunidad que no existe únicamente gracias al pan, al vino y a la diversion frivola. Pero obtener este puesto de honor en el seno de una sociedad no es obra sólo de esa sociedad, que se sabe dueña de una cultura y que procura elevarla de nivel permanentemente, sino también de los artistas mismos, que han reclamado sus derechos, más que con gritos y peticencias, con realizaciones concretas, con sacrificios y con sinceridades. El que esto escribe no es pesimista y no cree, de otro lado, que alcanzar ese punto sea entre nosotros imposible. Más bien, piensa que el actor peruano, el artista nacional, puede aprovechar de la compañía de Jean Louis Barrault, entre otras lecciones, ésta que aquí se destaca: la de haber llegado a constituir, individualmente cada miembro de ella y colectivamente todos, una embajada intachable de su patria.